



Valoración Jurídica de los Ensayos Nucleares

El derecho, esa "voz celeste" como lo llamaba Rousseau, es mutable pero eterno. Gobierna o, mejor dicho, debe gobernar la existencia de las naciones y de los individuos porque la historia enseña que es condición de civilización y de vida para ambos. En consecuencia, interesa examinar si la experimentación de armas nucleares armoniza con el derecho o si lo contradice.

Debe analizarse, en primer término, si es lícito el empleo de tales armas en tiempos de guerra. En segundo, con referencia ya específicamente a los experimentos atómicos, si estos enfrentan a otros principios de derecho internacional. Por último, si esos ensayos se justifican por un interés superior de seguridad o si, al contrario, están proscritos por el interés superior de otros Estados.

En lo que concierne al primer problema, no cabe, jurídicamente, el empleo de armas atómicas. Es cierto que no hay en el denominado "derecho de Ginebra", ni en el llamado "derecho de La Haya", norma alguna que, explícita y especialmente, prohíba el uso de armas nucleares. Pero la interdicción de estas puede fundarse sea en una aplicación analógica de preceptos afines, sea en otras normas o principios generales a través de los cuales también el derecho se expresa y se concreta.

Son varios los preceptos semejantes para ser aplicados analógicamente. Así el art. 22 de las Convenciones de La Haya que dispone que "los beligerantes no tienen derecho ilimitado en cuanto a la elección de medios para dañar al enemigo" y el art. 23 que "prohíbe toda arma o materia propia a causar males superfluos". Así el art. 5º del tratado de Washington, del 6 de febrero de 1922, que condena "el empleo, en tiempos de guerra, de gases asfixiantes, tóxicos o similares, así como todos los líquidos, materias o procedimientos análogos". Y procede la aplicación analógica porque concurren afinidad de hecho e identidad de razón. Ya se sabe que "*Ubi eadem ratio, idem jus*".

El derecho de gentes

Pero no sería indispensable recurrir a la analogía para fundar la prohibición del empleo de armas atómicas. Bastan para ello los "principios generales de derecho", el "derecho de gentes", el "consuetudinario" que constituyen fuentes de normas jurídicas obligatorias. Aún antes de que se formulara, por ejemplo, un precepto explícito prohibiendo el uso de gases asfixiantes, es obvio que tal uso estaba interdicto por el "jus gentium". Lo mismo otro crimen de guerra: el "genocidio". Frente a la "piratería" —y es otro ejemplo demostrativo— se autorizaron y practicaron siempre actos de sanción contra los piratas no obstante que en convención internacional alguna estaba definido este delito, lo cual se hizo recién el 29 de abril de 1958 (Convención de Ginebra, art. 15). Es que el derecho positivo, el enunciado en normas jurídicas explícitas, no agota todo el derecho. Al lado de la imperfección o caducidad del derecho histórico, está aquel cuerpo de doctrina, aquellos principios que integran un Código no formulado pero que responde a una sólida tradición, que enuncia la eterna exigencia de la "ratio juris" y que acompaña y acompañará siempre el desenvolvimiento de la huma-

nidad. Ese Código veda el uso de la bomba atómica porque ésta también destruye objetivos no militares y mata, indiscriminadamente, a no beligerantes, a la mujer y al niño, el tercero extraño al conflicto bélico.

Las Naciones Unidas

Han existido iniciativas para enunciar, en precepto expreso, esta prohibición. Ellas han fracasado hasta ahora. Algún día los Estados cumplirá el deber de formularlo. Es auspiciosa en ese sentido la resolución que el 24 de noviembre de 1961, aprobó la Asamblea de la O.N.U. y que parecería haber caído en el olvido. Su texto es el siguiente: "El uso de armas nucleares es contrario al espíritu, a la letra y a los objetivos de las Naciones Unidas y es, por ello, una violación a la Carta de esta organización".

Ya en 1791 Montesquieu, en sus *Lettres persanes*, escribió un diálogo entre Rhedi y Usbek. El primero dice al segundo: "Tiembla siempre que se llegue por fin a descubrir algún secreto que proporcione una vía más rápida para hacer perecer a los hombres, destruir los pueblos y las naciones enteras". "No", responde el segundo. "Si tal fatal invención llega a descubrirse, sería de inmediato prohibida por el derecho de gentes y el consentimiento unánime de las naciones sepultaría ese descubrimiento".

Las Experimentaciones

Si no cabe, jurídicamente, el empleo de la bomba atómica ¿cómo no pronunciarse por la ilicitud de experimentaciones que sólo persiguen poner en ejecución algo prohibido por el derecho? Esas experimentaciones, por otra parte, según sea su tipo, infringen de ordinario principios del derecho internacional del mar y del derecho aéreo.

En relación al alta mar su libertad es principio consagrado hace siglos. Significa que más allá de las aguas territoriales o de las regiones contiguas o plataformas continentales, existe una zona

ajena a la competencia de los Estados. La Convención de Ginebra de 1958 expresó textualmente que "El alta mar, estando abierto a todas las naciones, ningún Estado puede, legítimamente, pretender someter una parte cualquiera a su soberanía". Y es eso, precisamente, lo que, formulando advertencias o prohibiciones, hacen los Estados que realizan experiencias nucleares cuyos efectos inmediatos se proyectan al alta mar. La navegación queda obstaculizada en zona que debiera ser libre y dicha zona resta sometida, aunque sea transitoriamente, a la competencia exclusiva y excluyente del Estado experimentador.

Lo mismo cabe decir respecto a los ensayos nucleares atmosféricos y de superficie que más allá del espacio aéreo que cubre el territorio nacional o sus aguas jurisdiccionales, crean impedimentos a la navegación aérea de otros Estados. Aunque el derecho aéreo internacional es nuevo, ha elaborado ya sus reglas inspiradas, substancialmente, por las del derecho marítimo. El espacio aéreo comparte la libertad del alta mar subyacente. Fue conclusión de la Comisión de Aeronáutica que preparó la Convención de París a la Conferencia de paz de 1919 y es tesis que se infiere de la recordada Convención de Ginebra sobre el alta mar.

A ningún Estado asiste el derecho de entregarse a experimentaciones de armas nucleares. Pero si se opinara lo contrario, sería menester concluir, de cualquier modo, que cierto tipo de experimentaciones como las aéreas y de superficie, comportarían un ejercicio abusivo de ese supuesto derecho o, en términos más exactos, implicarían un no-derecho.

Ni el principio de la "self defense", ni el interés de la propia seguridad, conceden a Estado alguno la facultad de perjudicar a otros países o a la humanidad entera. En ámbito privado e internacional, caducó, hace tiempo, el individualismo exasperado, y los deberes humanos y sociales alcanzan también a los Estados,

según acaba de proclamarlo la Encíclica "Populorum Progressio". No es derecho aquello que no se acomode a la clásica definición de Celso —arte de lo bueno y de lo justo— y un derecho, llevado demasiado lejos se transforma como expresó Voltaire, en injusticia.

Valoración Moral de los Ensayos

Se ha señalado ya lo que significa la experimentación atómica: lesión al derecho, lesión a la salud de las actuales y futuras generaciones, un crimen sin atenuantes del hombre contra el hombre. Pero hay más. Mientras en el mundo centenares de millones de hombres padecen hambre y miseria, mientras viven en condiciones infrahumanas, hay países que se dedican a ensayos nucleares cuyo costo, empleado con fines pacíficos —alimentos, viviendas, escuelas, hospitales, maquinaria agrícola— serviría para extender el bienestar en el orbe entero.

Algunos datos y cifras tienen más elocuencia que las palabras. Los estudios y ensayos para lograr la bomba atómica y los realizados luego para amplificarla, han exigido y continúan exigiendo inversiones de miles de millones de dólares. El Correo de la Unesco publicó que los gastos militares anuales en 1964 —y después han acrecido—, oscilaban entre 130 y 140 mil millones de dólares y que algunas naciones, principalmente las mayores, invertían en ellos entre el 5 y el 10 % del producto bruto interno. La demencia nuclear ha empujado este crecimiento. Y viene ahora, por gravitación siempre de la absurda estrategia de la disuasión, del "equilibrio del error", la construcción, por parte de los Estados que poseen la bomba atómica, de defensas antiohetes. El solo Nike-X ha significado para Estados Unidos de América, en la investigación y desarrollo de su compleja red de radares, un gasto acumulado, durante la última década, de 2,5 billones de dólares. Agréguese a eso los gastos de la República

Soviética, de Gran Bretaña, de China roja y de Francia y piénsese que bastarían sólo 1000 millones de dólares anuales en la India y 1400 millones por año en América Latina, para proporcionar habitación, agua, luz eléctrica, servicios sanitarios y cultura a los millones de habitantes que en esas regiones carecen de ellos.

Acumulación Inútil

Pasemos a otro dato: el del almacenamiento de bombas atómicas. El volumen de las fabricadas y almacenadas en el mundo ascendía ya en 1964, según los cálculos de Linus Pauling, a 16.000 bombas de 20 megatones. Por supuesto que en los tres años transcurridos desde entonces esa cantidad ha aumentado. Si se reflexiona que una sola de esas bombas tiene aptitud para destruir cualquier ciudad grande y que no hay en el mundo 16.000 ciudades grandes ¿qué explicación para esta inútil y costosa acumulación de bombas; para este despilfarro y ausencia de planificación?

Los problemas gravísimos que hoy afligen al mundo comprometen la responsabilidad moral del científico, del gobernante, del simple ciudadano. No es exacto que el "equilibrio del terror", sobre la base de la competencia atómica, mate la guerra y asegure la paz. Los pocos años transcurridos desde que vivimos bajo el imperio de la "disuasión nuclear", no constituyen suficiente experiencia histórica, y por otra parte, no es paz la simple ausencia de la guerra. La paz auténtica y permanente sólo podrá lograrse por la paz de los espíritus, por el reconocimiento pleno y sin reservas de la fraternidad de todos los hombres y, en consecuencia, de todos los pueblos; por una transformación del mundo humano lo cual equivale a una transformación del hombre. Una empresa a nivel ecuménico que tienda a extirpar, en el orbe entero, el analfabetismo, el hambre, las injusticias y la miseria puede ser el comienzo de un camino para alcanzarla. □

Dr. José Manuel Saravia